

Retorno a la democracia y memoria nacional

*Juan Martín Posadas**

En estas jornadas de reflexión y de intercambio me ha tocado a mí un rol que me resulta bastante difícil. Las jornadas, como se sabe, se han estructurado como un diálogo interdisciplinario, en este caso, un diálogo de la historia con el psicoanálisis y viceversa. A ese intercambio entre las dos disciplinas se ha querido sumar lo que se ha dado en llamar un aporte desde afuera. En mi caso, que soy el de afuera, no es desde una tercera disciplina –como podría ser la ciencia política– sino desde un quehacer político, algo así como un oficio (que lo es). Y todo en quince minutos. Bastante difícil.

El tema general de las jornadas es: tiempo, relato, terror. A este panel le corresponde trabajar el tercero de los términos. Me parece, sin embargo, que no es atinado separarlo de los otros dos. Yo voy a hablar del terror como violencia inferida al relato y como daño de la memoria.

Se ha estudiado mucho lo que podríamos llamar la parte activa de este asunto: es decir, la usurpación violenta de parte del sistema opresor, por ejemplo, sobre los medios de comunicación, sobre el discurso público y, por consiguiente, sobre relato y memoria. La necesidad que tiene el déspota de obrar así para imponerse y consumir su dominación. Es aquello del Ministerio de la Verdad y todo lo que hemos leído en Orwell.

Yo quiero encaminar mis reflexiones más bien a la parte pasiva, a lo que sucede en el seno de un pueblo o en el interior de un individuo que padece esta situación. Y voy a tomar, en la segunda parte de mi trabajo, un episodio de la historia política nacional para yuxtaponerlo con esto. Lo hago por el hábito de relacionar la reflexión teórica con una pregunta política.

En cualquier situación despótica se busca engañar. Se busca que la represión de la cultura pase como progreso, que la ausencia de libertad de expresión se presente como la más alta forma de sabiduría espontánea, que la tortura termine siendo considerada casi una forma de misericordia porque es para limitar daños y sufrimientos mayores. El poder es prisionero de su fábrica de mentiras y es por esa causa que tiene que seguir falsificando el pasado, el presente y el futuro.

El individuo que vive en una situación así, estrictamente hablando, no está obligado a creerse estas mistificaciones, pero, dadas las circunstancias, debe conducirse como si las creyera. Y esto lo obliga a vivir en la mentira. Es una especie de estado de mentira. Esto de vivir en la mentira será un punto central de mi análisis.

Dentro del cúmulo de tragedias y destrozos que provoca el desenfreno del terror: atropellos, muertes, injusticia, deportaciones, cárceles, etc., etc. quiero centrarme en ésta: el tener que vivir en la mentira.

Personalmente me ha resultado siempre esclarecedor en estos temas la lectura de los disidentes soviéticos. Particularmente llamativo me resulta el énfasis que ellos ponen, dentro de la avalancha de sufrimientos personales y desgracias sociales, en lo insoportable y deletéreo que se torna el vivir en la mentira. Es lo que transmite Kostoglotov, el personaje de “Pabellón de cancerosos” de Soljenitzin. O Afanasiev, hombre de carne y hueso, historiador ruso, comunista pero enfrentado denodadamente al sistema por preservar la historia de Rusia de todas las adulteraciones. Es lo que

* Ex Senador Nacional. Ex Presidente del Consejo del SODRE.

transmiten los disidentes polacos de Solidarnosk. También los checos. Dice Havel que su lucha política se basó en un supuesto básico: enfrentar la vida como verdad frente a la vida como mentira. Cuando Havel describe el perfil del disidente checo en “Anatomía de una reserva” (que es un escrito de 1985) dice: “El punto de partida de la actuación política del disidente estriba en la esfera moral y existencial. Todo lo que hace lo hace en primer lugar por sí mismo: algo se ha sublevado en él y no es capaz de vivir más en la mentira. Detrás de este motivo existencial va y puede ir el punto de vista político; o sea, la esperanza –confusa, poco clara, trabajosa de justificar– de que semejante actitud comienza para algo en general”.

Con todo esto vamos a volver ahora los ojos hacia nuestro país. Vamos a mirar – rapidísimamente, por supuesto– como y cuáles fueron los pasos sucesivos del proceso de salida del régimen de facto y, también, cómo fue el proceso del relato de esa salida.

La salida del régimen militar estuvo compuesta por una serie de pasos. Ese proceso o serie de pasos, tiene, en mi opinión, una curva ascendente y luego una curva descendente. De descaecimiento.

El proceso de salida del régimen cívico militar empieza en 1980, cuando se le plantea al país una reforma constitucional que incorporaría la filosofía autoritaria del régimen, y la ciudadanía vota en contra: la rechaza. Esto produce un cambio sustancial en la percepción de la gente: se había podido, por primera vez, oponerse al régimen y ganar. Decir la verdad que se sentía y conservar la cabeza sobre los hombros. A partir de ese momento se desencadenó un crescendo de actividad cívica y de protesta popular. Esto llevó a una curva de apogeo que abarca las elecciones internas de los partidos, en 1982, en las que triunfan, por márgenes enormes, los sectores más opositores al régimen dentro de cada uno de los partidos habilitados. Este apogeo se hace visible y masivo en el acto del obelisco, a fines de 1983, realizado bajo el postulado ético y político de “un Uruguay sin exclusiones”.

En mayo del año siguiente, el 22 de mayo de 1984, la multipartidaria emite un pronunciamiento que dice, literalmente, en su punto 4: “que las elecciones generales del 25 de noviembre deberán realizarse sin exclusiones, ni condicionadas o supeditadas a la realización de acuerdo alguno”. La multipartidaria estaba integrada, como se recordará, por los principales dirigentes de todos los Partidos: el Partido Colorado, el Frente Amplio, la Unión Cívica y el Partido Nacional.

Eso fue en mayo. En junio, el P. Colorado, el F. Amplio y la U. Cívica deciden entablar conversaciones con los militares. En agosto firman el Acuerdo del Club Naval que establece elecciones con exclusiones y sujetas a un acuerdo, es decir, exactamente lo opuesto a la declaración del 22 de mayo de la multipartidaria. (Sobre esto ver: “Memorias del regreso”, Ed. Fin de Siglo, Cap. 9 y sig.) Todo esto es historia conocida. Aquí empieza, a mi juicio, la curva descendente del proceso de salida.

El acuerdo del club naval es, entre otras cosas, un acuerdo electoral para asegurar que no pudiera ganar las elecciones otro que no fuera el candidato que querían las FF. AA. Además es un acuerdo para establecer condiciones. Así como en los acuerdos del Parque Hotel los militares plantearon las condiciones bajo las cuales querían quedarse – y eso fue rechazado por todos los partidos– en los acuerdos del Club Naval los militares plantearon las condiciones bajo las cuales querían irse. Las condiciones incluían el no revisionismo, que luego fue reconocido como consecuencia de dicho Acuerdo en el texto de la ley de caducidad.

Este proceso de salida, con su sucesión de distintos pasos y episodios, termina peor de lo que empezó. Pierde su nitidez. Siembra la semilla de una confusión irremediable y a la vez, innecesaria. Termina en algo que contiene gruesos errores políticos y no menos graves fallas éticas. El resultado de ello es que se le ha hecho difícil al Uruguay que

salió dividido la reconciliación consigo mismo. A la vez ha tornado difícil para el Uruguay que emergía la legitimación de un espíritu nacional capaz de sustentar un futuro más sólido después del terremoto de la dictadura.

Una vez dejado atrás el quiebre institucional no se ha podido recuperar satisfactoriamente la verdad. No es que actualmente se pretenda ocultar o disimular lo que sucedió y decir que no hubo dictadura, que no se violaron los derechos humanos, que no hubo muertos en los cuarteles y todo lo demás. Nadie sostiene eso hoy, ni en público ni en privado. Pero sucede que se ha tejido un relato falso y falsificado de la salida.

En nuestro país se ha consolidado una versión complaciente de la salida que el Uruguay se dio en 1984. Circula un discurso que alude a una solución pacífica, mediante elecciones que dieron intervención directa o indirecta a todos los actores involucrados, que si bien dejó sin remate algunos puntos álgidos, ellos fueron encarados con más calma y, como si fuera poco, reafirmados en un plebiscito nacional. Este es el meollo de la versión autogratulatoria de la salida uruguaya, que se ha ido consolidando con aspiraciones de versión oficial y, por consiguiente, de verdad oficial y definitiva.

Y esa versión, sobre la cual se pretende apoyarla legitimación ética y política del Uruguay post dictadura, es falsa y es encubridora. Este hecho es una de las explicaciones para el malestar subterráneo y solapado que sigue molestando a la conciencia nacional y, como digo, enturbia tanto las posibilidades de una reconciliación definitiva como la fundamentación de las certezas necesarias para desarrollar un esfuerzo común de superación nacional.

Este relato autocomplaciente entrega una calma superficial, sin fondo sólido. Es engañoso y, como toda mentira, devalúa la condición del ciudadano al ofrecerle la hipocresía como primer principio de comunicación social.

Estos efectos son muy difíciles de medir. Es cierto. Tampoco es fácil, aún estando a la vista, vincularlos con su causa. Pero voy a insinuarlo en una alusión final (apremiado por el tiempo). Es la siguiente: pensemos que si la dictadura uruguaya fue efectivamente algo tan espantoso, tan inhumano, tan antinacional como todos los uruguayos reconocemos abiertamente que fue, la salida de la misma, las cosas que el Uruguay hizo para sacársela de encima, deberían ser conmemoradas todos los años como uno de los fastos patrios más significativos y más importantes. Pues bien: no se celebra nada. No hay conmemoración, no hay monumento, no hay ceremonia. Los uruguayos no hemos podido producir nada en este sentido.

Y fíjense; la única efemérides referida a ese período, que efectivamente se celebra año a año, es el homenaje actualmente llamado a los caídos en la lucha por las instituciones. Que no es otra cosa que la conmemoración que los militares instituyeron para honrar a sus propios muertos. Se conserva la fecha, se conserva el lugar y se conserva el ceremonial. Se le cambió solo el nombre: una hipocresía más.

¡Cuántas preguntas deja todo esto! A los historiadores, a los psicoanalistas, a los políticos, a todos los uruguayos. ¿Por qué el Uruguay no ha encontrado ninguna forma de conmemoración y de celebración de la salida de la dictadura? ¿Qué cosas le cercena y le ahoga al Uruguay esa carencia? En su presente y para el futuro. ¿Es una secuela del terror?

¿Por qué se minimiza, al grado que casi se ha perdido, el relato de las muchas cosas que los uruguayos hicieron para sacarse de encima la dictadura? ¿Por qué esa curva ascendente del proceso de salida —que bien podría dar pie a un relato épico— nunca es recogida? ¿Por qué ocultas razones ha quedado excluida del relato?

¿Por qué, en cambio, el relato oficial y universalmente aceptado de la salida es el que refiere a la curva descendente de ese proceso? ¿Por qué se exalta ese tramo del relato

con autocomplacencia, llegando incluso a proponerlo como modelo para otros países?
¿Tiene esto algo que ver con una disposición a seguir viviendo en la mentira?

¿Qué puede indicarnos a los uruguayos el hecho de que le única celebración pública y ritual referida al tiempo aquel sea un homenaje fúnebre? ¿Un homenaje fúnebre de ese tipo en un país que todavía tiene atragantados en su conciencia muertos sin tumba?

¿Cuál es la elocuencia de los ritos que se hacen y de la incapacidad concreta de haber producido otros? Ritos, ceremonias, celebraciones, leyendas, tienen siempre enorme importancia. Como clausura y como inauguración. Se trata de sustentos importantes de la conciencia de las naciones.

Los daños, institucionales y personales, que dejó el período cívico militar son muchos y son serios. En este seminario se han examinado otros. Estimo que éste que yo he señalado no es de los menores. La consolidación de la dignidad nacional y de la autoestima fundada mediante la búsqueda de la verdad pendiente incluye también este capítulo. Sin abordar éste, los otros capítulos que pueden considerarse más importantes, no tendrán posibilidad de ser encaminados de una forma que prometa los resultados esperados. Es mi opinión. Muchas gracias.

Resumen

En este trabajo el autor se propone relacionar aspectos de la historia reciente del Uruguay con el tema de las jornadas sobre Historia y Psicoanálisis. En este contexto se inscriben los delectos del forzamiento de la verdad como forma de acomodación impuesta en el régimen del período militar y las consecuencias sociales e individuales que se siguen.

Se exploran paralelismos con expresiones conocidas, tanto de la literatura de zamisdat como de los testimonios de los disidentes políticos (en particular V. Havel).

Vuelto el análisis hacia la realidad uruguaya el autor destaca varios hechos significativos. Por un lado la imposibilidad de facto de la sociedad uruguaya de haber encontrado hasta hoy una forma de celebrar/ festejar el fin de la dictadura. No existe fasto ni ceremonia alguna; peor aún, lo único que se conserva es la ceremonia fúnebre heredada de la dictadura, referida a sus propios caídos, no obstante el cambio de nombre. Por otro lado se señala como muy significativo, las mutilaciones introducidas en el relato canónico de los acontecimientos vinculados con el proceso de salida del régimen militar.

Summary

In his contribution to “Jornadas de Historia y Psicoanálisis”, Juan Martín Posadas works on the specific relations to be found between different aspects of Uruguay’s contemporary history and its subject. Our attention is attracted to the side effects (both social and individual) of a life course submitted to a permanent lie.

A parallelism is drawn between this situation and what we read in soviet authors such as Solzhenitsyn, the russian (and communist) historian Afanasiev, and the chzeck dissidents (specially V. Havel). The main line of thought being: life under a systematic lie.

Similar analysis is applied to the situation in Uruguay during our twelve years under military rule.

Descriptores: POLÍTICA / TERROR